



**Rafael Alberti**

**A la Pintura**  
(poema del color y la línea)  
[1945-1976]  
[Selección]

Al color

A ti, sonoro, puro, quieto, blando,  
incalculable al mar de la paleta,  
por quien la neta luz, la sombra neta  
en su trasmutación pasan soñando.

A ti, por quien la vida combinando  
color y color busca ser concreta;  
metamorfosis de la forma, meta  
del paisaje tranquilo o caminando.

A ti, armónica lengua, cielo abierto,  
descompasado dios, orden, concierto,  
raudo relieve, lisa investidura.

Los posibles en ti nunca se acaban.  
Las materias sin términos te alaban.  
A ti, gloria y pasión de la Pintura.

## Goya

La dulzura, el estupro,  
la risa, la violencia,  
la sonrisa, la sangre,  
el cadalso, la feria.  
Hay un diablo demente persiguiendo  
a cuchillo la luz y las tinieblas.

De ti me guardo un ojo en el incendio.  
A ti te dentelleo la cabeza.  
Te hago crujir los húmeros. Te sorbo  
el caracol que te hurga en una oreja.  
A ti te entierro solamente  
en el barro las piernas.  
Una pierna.  
Otra pierna.  
Golpea.

¡Huir!  
Pero quedarse para ver,  
para morir sin morir.  
¡Oh luz de enfermería!  
Ruedo tuerto de la alegría.  
Aspavientos de la agonía.  
Cuando todo se cae  
y en adefesio España se desvae  
y una escoba se aleja.  
Volar.  
El demonio, senos de vieja.  
Y el torero,  
Pedro Romero.  
Y el desangrado en amarillo,  
Pepe-Hillo.  
Y el anverso  
de la duquesa con reverso.  
Y la Borbón esperpenticia

con su Borbón espertencio.  
Y la pericia  
de la mano del Santo Oficio.  
Y el escarmiento  
del más espantajado  
fusilamiento.  
Y el repolludo  
cardenal narigado,  
narigudo.  
Y la puesta de sol en la Pradera.  
Y el embozado  
con su chistera.  
Y la gracia de la desgracia.  
Y la desgracia de la gracia.  
Y la poesía  
de la pintura clara  
y la sombría.  
Y el mascarón  
que se dispara  
para  
bailar en la procesión.

El mascarón, la muerte,  
la Corte, la carencia,  
el vómito, la ronda,  
la hartura, el hambre negra,  
el cornalón, el sueño,  
la paz, la guerra.

¿De dónde vienes tú, gayumbo extraño, animal fino,  
corniveleto,  
rojo y zaíno?  
¿De dónde vienes, funeral,  
feto,  
irreal  
disparate real,  
boceto,  
alto  
cobalto,  
nube rosa,  
arboleda,  
seda umbrosa,  
jubilosa  
seda?

Duendecitos. Soplones.  
Despacha, que despiertan.

El sí pronuncian y la mano alargan  
al primero que llega.  
Ya es hora.  
¡Gaudeamus!  
Buen viaje.  
Sueño de la mentira.  
Y un entierro  
que verdaderamente amedrenta al paisaje.

Pintor.  
En tu inmortalidad llore la Gracia  
y sonría el Horror.

1917

1

Mil novecientos diecisiete.  
Mi adolescencia: la locura  
por una caja de pintura,  
un lienzo en blanco, un caballete.

Felicidad de mi equipaje  
en la mañana impresionista.  
Divino gozo, la imprevista  
lección abierta del paisaje.

Cándidamente complicado  
fluye el color de la paleta,  
que alumbra al árbol en violeta  
y al tronco en sombra de morado.

Comas radiantes son las flores,  
puntos las hojas, reticentes,  
y el agua, discos transparentes  
que juegan todos los colores.

El bermellón arde dichoso

por desposar al amarillo  
y erguir la torre de ladrillo  
bajo un naranja luminoso.

El verde cromo empalidece  
junto al feliz blanco de plata,  
mas ante el sol que lo aquilata  
renace y nuevo reverdece.

Llueve la luz, y sin aviso  
ya es una ninfa fugitiva  
que el ojo busca clavar viva  
sobre el espacio más preciso.

Clarificada azul, la hora  
lavadamente se disuelve  
en una atmósfera que envuelve,  
define el cuadro y lo evapora.

Diérame ahora la locura  
que en aquel tiempo me tenía,  
para pintar la Poesía,  
con el pincel de la Pintura.

2

Y las estatuas. En mi sueño  
de adolescente se enarbola  
una Afrodita de escayola  
desnuda al ala del diseño.

¡Inusitada maravilla!  
Mi mano y Venus frente a frente  
con mi ilusión de adolescente:  
un papel y una carbonilla.

Ante la forma, era mi estado  
de pura gracia y de blancura,  
peregrinante a la ventura,  
libre, dichoso y maniatado.

Incontenible, aunque indecisa,  
la línea en curva se dispara  
como si un pájaro jugara  
con el contorno de la brisa.

Cautivo al fin que lo promueve  
y al negro albor que lo sombrea,  
el claroscuro redondea  
la cima exacta del relieve.

Y el azabache submarino  
ciñe a la hija de la espuma,  
fingida en yeso, luz y bruma  
de carbón, goma y disfumino.

Nada sabía del poema  
que ya en mi lápiz apuntaba.  
Venus tan sólo dibujaba  
mi sueño prístino, suprema.

Feliz imagen que en mi vida  
dio su más bella luminaria  
a esta academia necesaria,  
que abre su flor cuando se olvida.

3

¡El Museo del Prado! ¡Dios mío! Yo tenía  
 pinares en los ojos y alta mar todavía  
con un dolor de playas de amor en un costado,  
cuando entré al cielo abierto del Museo del Prado.

¡Oh asombro! ¡Quién pensara que los viejos pintores  
 pintaron la Pintura con tan claros colores;  
que de la vida hicieron una ventana abierta,  
no una petrificada naturaleza muerta,  
y que Venus fue nácar y jazmín trasparente,  
no umbría, como yo creyera ingenuamente!  
Perdida de los pinos y de la mar, mi mano

tropezaba los pinos y la mar de Tiziano,  
claridades corpóreas jamás imaginadas,  
por el pincel del viento desnudas y pintadas.  
¿Por qué a mi adolescencia las antiguas figuras  
le movieron el sueño misteriosas y oscuras?  
Yo no sabía entonces que la vida tuviera  
Tintoretto (verano), Veronés (primavera),  
ni que las rubias Gracias de pecho enamorado  
corrieran por las salas del Museo del Prado.  
Las sirenas de Rubens, sus ninfas aldeanas  
no eran las ruborosas deidades gaditanas  
que por mis mares niños e infantiles florestas  
nadaban virginales o bailaban honestas.

Mis recatados ojos agrestes y marinos  
se hundieron en los blancos cuerpos grecolatinos.  
Y me bañé de Adonis y Venus juntamente  
y del líquido rostro de Narciso en la fuente.  
Y -¡oh relámpago súbito!- sentí en la sangre mía  
arder los litorales de la mitología,  
abriéndome en los dioses que alumbró la Pintura  
la Belleza su rosa, su clavel la Hermosura.

¡Oh celestial gorjeo! De rodillas, cautivo  
del oro más piadoso y añil más pensativo,  
caminé las estancias, los alados vergeles  
del ángel que a Fra Angélico cortaba los pinceles.  
Y comprendí que el alma de la forma era el sueño  
de Mantegna, y la gracia, Rafael, y el diseño,  
y oí desde tan métricas, armoniosas ventanas  
mis andaluzas fuentes de aguas italianas.

Transido de aquel alba, de aquellas claridades,  
triste «golfo de sombra», violentas oquedades  
rasgadas por un óseo fulgor de calavera,  
me ataron a los ímprobos tormentos de Ribera.  
La miseria, el desgarró, la preñez, la fatiga,  
el tracoma harapiento de la España mendiga,  
el pincel como escoba, la luz como cuchillo  
me azucará la grácil abeja de Murillo.  
De su célica, rústica, hacendosa, cromada  
paleta golondrina María Inmaculada,  
penetré al castigado fantasmal verdiseco  
de la muerte y la vida subterránea del Greco.  
Dejaba lo espantoso español más sombrío  
por mis ojos la idea lancinante de un río  
que clavara nocturno su espada corredora

contra el pecho elevado, naciente de la aurora.  
Las cortinas del alba, los pliegues del celaje  
colgaban sus clarísimos duros blancos al traje  
del llanamente monje que Zurbarán humana  
con el mismo fervor que el pan y la manzana.  
¡Oh justo azul, oh nieve severa en lejanía,  
transparentada lumbre, de tan ardiente, fría!  
La mano se hace brisa, aura sujeta el lino,  
céfiro los colores y el pincel aire fino;  
aura, céfiro, brisa, aire, y toda la sala  
de Velázquez, pintura pintada por un ala.  
¡Oh asombro! ¡Quién creyera que hasta los españoles  
pintaron en la sombra tan claros arreboles;  
que de su más siniestra charca luciferina  
Goya sacara a chorros la luz más cristalina!

Mis oscuros demonios, mi color del infierno  
me los llevó el diablo ratoneril y tierno  
del Bosco, con su químico fogón de tentaciones  
de aladas lavativas y airados escobones.  
Por los senderos corren refranes campesinos.  
Patinir azulea su albor sobre los pinos.  
Y mientras que la muerte guadaña a la jineta,  
Brueghel rige en las nubes su funeral trompeta.

El aroma a barnices, a madera encerada,  
a ramo de resina fresca recién llorada;  
el candor cotidiano de tender los colores  
y copiar la paleta de los viejos pintores;  
la ilusión de soñarme siquiera un olvidado  
Alberti en los rincones del Museo del Prado;  
la sorprendente, agónica, desvelada alegría  
de buscar la Pintura y hallar la Poesía,  
con la pena enterrada de enterrar el dolor  
de nacer un poeta por morir un pintor,  
hoy distantes me llevan, y en verso remordido,  
a decirte, ¡oh Pintura!, mi amor interrumpido.



---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

